

Los intelectuales y la política

**Palabras con motivo del otorgamiento
de la *Orden Gerardo Molina* al autor
Universidad Nacional de Colombia,
septiembre 21 de 1999**

GONZALO SÁNCHEZ GÓMEZ

Recibir de la Universidad Nacional de Colombia una distinción, cuya figura emblemática es el maestro Gerardo Molina, suscita desde luego enorme alborozo, pero al mismo tiempo cierto pudor por lo que ella representa y por los compromisos que evoca. Porque, es oportuno recordarlo en esta ocasión, el legado de Gerardo Molina, de su obra y de su práctica, es el de la indisoluble relación entre el quehacer intelectual y la política. Molina vivió de manera ejemplar su doble condición de intelectual y de político.

Se formó al lado de hombres renovadores del pensamiento de su época, como el historiador económico Luis Eduardo Nieto Arteta, el también políti-

co e intelectual Antonio García, el escritor Baldomero Sanín Cano y el joven dirigente Jorge Eliécer Gaitán. Hizo parte de un sector inconformista abanderado de las grandes reformas sociales. Incursionó tempranamente en la vida pública en calidad de parlamentario, durante los años treinta de la República Liberal; su rectoría de la Universidad Nacional, en particular entre 1944 y 1948 en los albores de la Violencia, se hizo memorable por sus realizaciones, pero también por las circunstancias que la rodearon y que le valieron un liderazgo nacional, ratificado cuando se le convocó como miembro de la Junta Revolucionaria que intentó imponer algún orden en el alzamiento popular del 9 de abril. Llegó a su

GONZALO SÁNCHEZ GÓMEZ
Historiador, profesor
Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales
Universidad Nacional de Colombia.

cúspide en 1982, como candidato presidencial del movimiento Firmes, fundado en 1978 en asocio, entre otros, de Gabriel García Márquez, Diego Montaña Cuéllar, Luis Carlos Pérez y Eduardo Umaña Luna. En todos estos escenarios y en relación con los temas más álgidos –legislación laboral, educativa, agraria–, adoptó las posiciones más progresistas de su tiempo y agitó ideas que chocaron con los dogmatismos doctrinarios, políticos, ideológicos o religiosos¹¹. Al lado de todas estas incursiones en la vida pública ejerció con vocación y con lucidez, por todos reconocida, la cátedra universitaria: dejó huella perenne como Maestro de toda una vida en las universidades Nacional y Libre. Aquí y allá hay una constante en su vida: la independencia intelectual y política.

Hoy podemos tener las más distintas valoraciones de su obra, superable y superada en muchos aspectos por el sorprendente avance de las disciplinas intelectuales en las últimas décadas. Pero lo que sí queda, subrayo, es el espíritu que imprimió Molina, el Maestro Molina, a un quehacer que se podría sintetizar así: firme pero tolerante; de convicciones pero de diálogo; independiente pero no aislacionista; crítico pero no sectario. Intelectual, político, demócrata... demócrata rebelde. Enaltece pues haber sido convocado por los miembros de la Orden y por el Consejo Superior de la Universidad Nacional, a formar parte de un núcleo privilegiado de colegas que se reunen bajo la inspiración de esta trayectoria de vida.

QUE EL PENSAMIENTO DEJE DE SER OBJETIVO MILITAR

Pero esta distinción me cupo en un momento en que la violencia se interpone brutalmente a la vida intelectual y al ejercicio de la política. Porque intelectual y político fue Chucho Bejarano, el acadé-

mico que comenzó estudiando los problemas agrarios centrado en los campesinos; que se hizo vocero gubernamental para hablar con los insurgentes; que viajó a Centroamérica a escribir la experiencia negociadora de Guatemala y El Salvador para compartirla luego con sus compatriotas, ávidos de luz para una paz negociada. Chucho Bejarano, que cerró su ciclo sobre el mundo rural colombiano escribiendo la historia por arriba, la historia de la Sociedad Agraria de Colombia, de la cual fue su Presidente y de la que por cierto se apartó cuando se le hicieron presiones inconfesables, para regresar en su honestidad intelectual a la cátedra universitaria.

Intelectual y político fue a su manera Jaime Garzón, el humorista que se despojó de su propia identidad para darle rostro y voz a la sinfonía de personajes, a través de los cuales hablaba, reía, fustigaba el país.

Función política como intelectuales es la que tenemos todos, ustedes colegas galardonados y todos los presentes en tanto miembros de la comunidad universitaria, de la principal universidad pública, cuyos fines son particularmente pertinentes para el momento que vivimos, según se establece en la legislación orgánica: a) *Contribuir a la unidad nacional, en su condición de centro de vida intelectual y cultural abierto a todas las corrientes de pensamiento y a todos los sectores sociales, étnicos, regionales y locales...* c) *Formar ciudadanos libres y promover valores democráticos, de tolerancia y de compromiso con los deberes civiles y los derechos humanos...* ¡Qué más noble función política podía atribuirse a la comunidad universitaria!!

Pero al mismo tiempo qué contraste entre este supremo empeño y la dolorosa realidad que periódicamente ha vivido la universidad pública en años recientes. A tal punto que se podría afirmar que la ecuación cartesiana de "Pienso luego existo" perdió vigencia en Colombia. Pen-

¹¹ Véase de Dario Acevedo. *Gerardo Molina. El intelectual, el político*. Ediciones del Frente Acción Política Educativa: Medellín, 1986.

sar es una actividad de alto riesgo en este país. Precisamente por ello, en uno de los carteles en que se denunciaba la desaparición del colega y alumno Darío Betancourt, el IEPRI levantaba este clamor: *Que el pensamiento deje de ser objetivo militar*. Éste, creo, debería ser hoy el grito de las universidades y centros de investigación a los actores envueltos en el conflicto armado, cualesquiera que sean sus pretensiones y justificaciones. ¡Que el pensamiento deje de ser objetivo militar!!

LOS DESAFÍOS

Hoy por hoy los intelectuales colombianos tienen el inmenso desafío de responder a una triple crisis. La crisis de los grandes *discursos organizadores* de la sociedad, el pensamiento y la acción, que exhibían por doquier modelos triunfantes: Rusia, China, Vietnam, Cuba. Es la crisis de los metarelatos, construidos pacientemente durante la era moderna pero que, súbitamente, vieron estallar sus arsenales teóricos y sus fortalezas históricas cayendo ante los administradores de las certezas. Es lo que se ha convenido en llamar “crisis de los paradigmas e inauguración de la postmodernidad”. No se trata de una simple “deserción” de los intelectuales, como lo sugiere el sociólogo norteamericano James Petras, sino del reconocimiento de un hecho de dimensiones globales para cuya interpretación se quedaron sin herramientas los intelectuales de vieja mentalidad. Un reconocimiento que no significa la adhesión acrítica a las virtudes del mercado o a las ilusiones del fin de la historia.

Crisis, en segundo lugar, derivada de la *disociación de cultura y política* y por lo tanto la carencia de proyectos colectivos enunciados por los intelectuales, que bien pueden coexistir –sin necesidad de apostasías– con los descubrimientos contemporáneos de la subjetividad y con miradas más atentas a las batallas parciales de instituciones como la familia, la cárcel, los sanatorios, la vida cotidiana y la sexualidad, retomando a título de ejemplo los temas preferidos de Michel Foucault.

En Europa y Estados Unidos la disociación de cultura y política ha sido fácilmente asimilable, dado el escaso protagonismo de los intelectuales en la arena pública, con la parcial excepción de Francia e Italia en ciertos momentos. Precisamente por lo relativamente impensable es que se hacen tan notorios los casos como el del dramaturgo checo Vaclav Havel. En América Latina, por el contrario, ha habido una verdadera imbricación histórica entre intelectuales y política. Por eso se recibió con gran malestar en el sur del continente, hace unos años, la constatación de la tendencia que dio como resultado *unos partidos sin intelligentsia y una intelligentsia sin partidos*. Era algo totalmente anormal en un continente que guardaba la memoria de intelectuales políticos como Domingo Faustino Sarmiento (el Larousse lo presenta como político, escritor y pedagogo), José Enrique Rodó, José Martí, Carlos Mariátegui, Germán Arciniegas, Camilo Torres, Vargas Llosa, Ernesto Cardenal, para tomar sólo algunos nombres de muy dispares tonos ideológicos.

Pero tampoco se pretende silenciar los desencuentros, profundos a veces, en esa relación de intelectuales y políticos. Una anécdota ilustrativa: se cuenta que cuando Domingo Sarmiento, considerado en el siglo XIX el mejor escritor argentino, alcanzó la presidencia de su país, redactó un discurso para su posesión rechazado por los políticos. El que finalmente pronunció fue escrito por un político, Nicolás Avellaneda, adaptado a las necesidades de la política. Es la tensión que se vive desde los tiempos de Sócrates y Platón entre los practicantes del saber y los practicantes del poder.

La tercera crisis, la más propia nuestra, es la surgida de la guerra con su esencial multidimensionalidad. En efecto, en Colombia el trauma de los intelectuales ha sido mayor que en otras latitudes puesto que en los últimos años se han ido desmarcando, casi simultáneamente, de la política, de los partidos, de la insurgencia y la contrainsurgencia. Cada cual puede tener sus valoraciones, pero el hecho cierto es la disociación. Por eso

a los intelectuales se les intimida hoy, no tanto por estar de un lado o del otro, sino por no querer estar ni con el uno ni con los otros. Dicho de otra manera, refleja un hecho mayor: el *déficit* de intelectuales en los actores armados, y no lo ocultemos, idéntico *déficit* en el Establecimiento. Intelectuales por doquier escépticos con el poder y más escépticos aún con los contrapoderes. Por eso hoy andamos en una guerra sin política y una política sin ideas. Rasgo del presente que a menudo aparece sólo como un problema de los intelectuales, que habrían pasado de “rebeldes a domesticados” o a contemplativos, y que sirve de excusa para rehuir cualquier cuestionamiento a las fuerzas que han operado como expulsoras o cercenadoras de intelectuales.

Si la oposición y el enfrentamiento habían signado tradicionalmente las relaciones entre los intelectuales y el poder, hoy se habla por el contrario de repliegue y desencanto, de derrumbe de muros, de ilusiones, de proyectos. Pudo ser lamentable en el pasado, pero lo es aún más hoy, en pleno proceso de negociaciones o de forcejeos, cuando más se los pudiera necesitar para aportar ideas, controvertir y ayudar a reinventar la Colombia que queremos, la que en últimas tendremos que construir todos. No deja de ser dramático que el papel de los intelectuales, como ha venido sucediendo con otras identidades (las negritudes por ejemplo), se redescubra a través de la violencia, o de la guerra para usar términos menos equívocos.

En todo caso, no hay esa fluidez que hubo en los años treinta, y luego en los sesenta, entre intelectuales y grandes proyectos colectivos. De ahí también la importancia y la necesidad de preservar a la universidad pública como aglutinadora de los esfuerzos por pensar y reconfigurar la nación, así sea a partir de las cenizas esparcidas por todo el territorio.

Pero claro, en todo esto no se puede omitir otra verdad de a puño: en Colombia el silencio de los intelectuales no es propiamente prueba de abdicación. A menudo, no es que ellos callen voluntariamente, los están callando para producir la parálisis colectiva, el inmovilismo,

la sensación de impotencia. Cada vez los intelectuales se mueven más en un mundo, no de opciones sino de amenazas y coacciones. Lo subrayo no para alimentar un sentimiento derrotista, sino para crear conciencia sobre las dimensiones de la crisis actual de los intelectuales, que es la de la sociedad.

Pero tengo la certeza de que la Universidad aún puede y debe hacer mucho con respecto a lo que es el problema de nuestro tiempo: pensar de manera indisoluble la crisis y la paz. Por supuesto, no se trata de soñar y de hacer de la Universidad una Arcadia de consensos, en donde lo posible se confunda con lo realmente existente, sino un ágora en donde proliferen y se controvieran de manera ilimitada visiones contrapuestas de sociedad y de nación.

UNA NUEVA RELACIÓN ENTRE ACADEMIA Y POLÍTICA

Constatada la crisis, ¿a partir de qué referentes volver a pensar la función de los intelectuales? No voy a dar lecciones a este selecto auditorio sobre el paradigma a seguir en un campo donde las opciones válidas son múltiples. Enumero brevemente las aproximaciones clásicas. La que con Weber piensa que debe haber una separación expresa entre el quehacer del intelectual y el del político, regidos por principios éticos diferenciados (ética de la convicción y ética de la responsabilidad). La que con Gramsci postula que el intelectual está orgánicamente ligado a uno de los polos de la estructura social, es decir que siempre, consciente o inconscientemente, tiene una función política. La de quienes consideran, con Maquiavelo, que la realización suprema del intelectual es ser consejero e intérprete del Príncipe. La del “intelectual comprometido” de Franz Fanon. La de quienes siguiendo el ideal sartriano y universalista asignan al intelectual la tarea histórica de ser “conciencia crítica” de su época y de su sociedad. La menos ambiciosa del intelectual crítico específico, propuesta por Foucault, que apunta a develar y transformar las prácticas y

relaciones de poder concretas en que está inmersa la figura del intelectual. Y el modelo más pragmático de hoy, sin paternidad responsable con sus influencias y preocupaciones esencialmente zonales, el de los "expertos". En fin, tantas opciones legítimas a los problemas éticos y políticos de la función de los intelectuales, que uno quisiera reconocer conviviendo en la Universidad en emulación perpetua. Es lo natural. Imponerle desde afuera alineaciones específicas a la Universidad es desnaturalizarla.

Relación activa e inevitable de la academia con la política, sí, pero a condición de que la una no se disuelva en la otra, sino que conserven su distancia crítica. Que el intelectual en sus relaciones

con el poder no pierda de vista que su saber es su poder. Es la circularidad entre la cátedra y la plaza que tan ejemplarmente combinó Gerardo Molina.

Pero ninguna de las definiciones del papel de los intelectuales tendrá sentido si no logramos recuperar tradiciones y aspiraciones democráticas como las que nos legó el Maestro Molina, tradiciones que permitan que algún día, en Colombia, pensar y existir vuelvan a ser términos y actividades intercambiables, que se puedan volver a conjugar en todas las formas en la vida cotidiana de la Universidad y el país. Es nuestro pliego mínimo como intelectuales y pedagogos frente a los despotismos de todas las armas. Lo demás que corra por nuestra cuenta.

Luis Caballero
SIN TITULO
Óleo sobre tela. 1991

